

esta ciega necesidad de la especie. Si la multiplicación de los hombres no fuese una cosa de locos, no habría que recurrir de cuando en cuando a esas cruentas prácticas maltusianas que son las guerras, y que, despojadas de retóricas, de intrínquilis poéticos y de prestancias ocasionales, tienden únicamente a disminuir por la violencia el número de los comensales, para que los que queden coman con mayor apetito.

—No estoy de acuerdo con usted—objetó Sándor.—Creo que la voluntad de los progenitores tiene una participación mínima en el nacimiento de los hijos: son éstos los que se proponen venir al mundo, y su voluntad de salir de la nada, del estado ideal, avasalla la voluntad y los instintos de los que van a ser sus padres. La suerte de los hijos no depende de la voluntad de los progenitores, sino que son los progenitores quienes obedecen inconscientemente a la voluntad del hijo, que reclama transformarse en materia, en sustancia, en animal, en hombre. Nos hemos acostumbrado a considerar siempre el tiempo en una sola dirección: del ayer al hoy, del hoy al mañana; y creemos que el después es producto del antes, y que las cosas son así, porque sus causas fueron previamente ordenadas en ese sentido. Por lo tanto, el hijo que nació lo consideramos consecuencia de la unión de los padres: si esa unión no se hubiese efectuado—decimos con nuestra lógica simplicísima,—el hijo no habría nacido. Yo creo que se deben mirar los hechos desde lo alto, sin referencia ninguna a las cronologías. El hijo, «queriendo» venir al mundo, ha provocado la unión del macho y de la hembra que van a ser sus padres. Yo no puedo creer que Dante, Leonardo, Napoleón, Pasteur sean el fruto accidental de un coito. Fueron ellos los que quisieron venir al mundo, y lo provocaron. Toda la ferocidad que las sociedades humanas vuelcan sobre la muchacha-madre es monstruosa. La muchacha-madre ha obe-

decido, no al prejuicio, que es el pasado, sino antes bien al futuro. La reacción de la naturaleza contra quien procura el aborto (enfermedad y acaso muerte de la madre), es una confirmación de lo que estoy diciendo. La madre no ha «querido» el hijo, y, efectivamente, la naturaleza le niega ya el derecho a «quererlo» en cualquiera otra ocasión.

—Admitirás, sin embargo,—interrumpió Mélitta, destacándose de la ventana y colocándose de nuevo entre los dos hombres—que los progenitores, después de nacido el hijo, van formándolo, plasmándolo con la educación.

—¡De ninguna manera, Iluska! La educación, cuando más, crea seres mediocres. La educación es éxtasis, inmovilidad; como valor formativo, como valor plástico, es la negación del progreso. Educar a nuestro hijo quiere decir modelar su conciencia y su inteligencia para conseguir un ejemplar semejante a nosotros, o lo que es lo mismo, impedir la transformación, la renovación, el progreso. Como resultado práctico, la educación de los hijos no tiene otro objeto que asegurarnos de su fidelidad para el día que no necesiten ya de nosotros. Pero el día que se basten a sí mismos, nos plantarán.

El criado acercó un vaso.

—Le ofrezco un kummel—dijo Sándor, interrumpiendo su discurso—que prepara mi compañero de destierro.

El aludido se inclinó ligeramente.

—Recoge las semillas de kummel y las trata a la manera rusa, añadiéndoles cierta dosis de *agaricus muscarius*, una seta venenosa que contiene un alcaloide semejante a la atropina.

—La que hace bonitos los ojos.

—Sí, Iluska. Por eso las bebedoras de kummel tienen dilatadas las pupilas.

Ofreció un vaso a cada uno de los huéspedes, y al criado.

—Cuando yo era estudiante de medicina en Pe-

tersburgo, todas las noches nos embriagábamos con kummel: algunos hospitalizados, que se conservaban conscientes, antes de dejarse tocar por nosotros, nos miraban a los ojos, para sorprender en ellos las señales del embriagador veneno.

—¿Es usted médico?

—Sí.

—¿Y ha practicado?

—En el ejército ruso. ¿Verdad, Páprika?

Páprika había puesto su enmarañada cabeza sobre las rodillas de su patrón, en demanda de una caricia, y cuando sintió la afectuosa mano por entre sus rizos de color de paja, entreabrió los ojos, escuchando.

—Yo soy súbdito ruso. Estaba considerado como un mal oficial, porque con igual amor curaba a los rusos que a los enemigos, a los soldados que a los generales, a los prisioneros que a los héroes. Para mí, el enfermo, el herido, el moribundo no tienen grados ni escalas honoríficas, ni indicaciones de religión o de patria: es un hombre desnudo; desnudo y sangrante, sin galones y sin medallas. El dolor y la agonía no tienen nacionalidad. Para mí una mujer encinta es sencillamente una criatura a la que se deben todos los cuidados y todas las piedades: hasta si es adúltera, aun cuando no sea esposa, por más que se haya vendido. Pero allá abajo—y Sándor señaló con la mano la llanura civilizada que imaginaba muy lejos, no se piensa así. Allá abajo se dividen todavía los enfermos en morales e inmorales, en confesables e inconfesables. Para mí las enfermedades son únicamente curables e incurables. Allá abajo existe esa cosa horrenda que se llama organización, es decir, institución de relaciones e intereses, dicho de otro modo, de señores y esclavos. Entre los hielos y los halcones no veo la gente organizada. La organización envilece hasta las cosas más bellas; en cada ciudad hay una cárcel; en cada casa, un

retrete; en cada cuerpo humano, un tubo digestivo. La organización es más triste que el caos. Los padres exasperan a los hijos y se quejan de que éstos los aborrecen; los taberneros envenenan a sus clientes, y cuando están borrachos, llaman a los guardias para que se los lleven; la burguesía obliga a las mujeres a venderse, y luego las llama prostitutas.

—¿Y usted no bajará más a la ciudad?

—Es difícil, acostumbrado como estoy a lo absoluto, que vuelva a lo convencional. Los valores convencionales lo envilecen todo. El oro fué un día algo purísimo, pero dejó de serlo cuando imprimimos en él cifras y letras, y el perfil de un soberano. Y algo purísimo fué también el desnudo en la mujer, hasta que junto a sus rodillas, apretamos con unas ligas la carne.

Y además que allá abajo, el olor compuesto de todas las fermentaciones humanas me repugna. Yo odio a la muchedumbre, esa monstruosa limadura de hierro que se acumula en torno a cualquier imán, en torno a cualquier hombre cuyo solo mérito consiste en haber comprendido que es mejor ser imán que limadura. Yo amo a los individuos, pero odio a la muchedumbre. Si un hombre se rompe un brazo, me causa lástima; pero si una epidemia acabó con cien mil hombres, me produce alegría. Le tengo miedo a la muchedumbre, padezco su obsesión, su fobia. Estoy seguro de que si yo enloqueciese, mi imaginación demente no se poblaría de espectros sino de una muchedumbre amenazadora, de una multitud aullante.

—A mí, por el contrario—dijo Mélitta—me gusta sumergirme en esa marea de mil formas.

—No, Iluska. La plebe no tiene formas; no tiene tampoco ideas, ni voluntad. Para que un hombre se haga adorar basta la publicación de un retrato suyo, en tamaño 18 por 24, en la primera plana de un periódico. Es más fácil eso que acreditar una pas-

tilla o una pomada. La muchedumbre que el día de la entrada en la guerra apaleó a los súbditos enemigos y tiró sus muebles por las ventanas, es la misma que hubiese aclamado a su rey, de haber venido a visitar al propio; y aquellos que vitoreando a la anarquía ocuparon las fábricas, escupieron sobre las divisas de los oficiales y asaltaron las guardias revólver en mano, son exactamente los mismos que dos años después incendiaron las cámaras del trabajo, aclamando al rey. Si mañana el prestigio del papa estuviera por los suelos, saquearían las iglesias, los mismos que gritarían «¡viva el paparey!», si el pontífice maniobrara con alguna probabilidad de éxito, para recobrar el poder temporal. Todos esos constituyen una tremenda máquina, que llega a ser dócil instrumento en manos de uno solo; servirse de la muchedumbre vale tanto como ofrecerle el medio de que desahogue la exuberancia de su ferocidad o de su idiotez; por la alegría del asesinato o del sacrilegio, la muchedumbre sirve a un partido, o al partido contrario, con igual indiferencia. Se habla de las ovejas de Panurgo. Debería hablarse de los tigres de Panurgo.

—La muchedumbre no tiene la culpa—musitó dulcemente Mélitta—de que haya quien la estimule, la guíe y la vuelva mala.

No es necesario exasperarla, Iluska, para desencadenar sus bajos instintos, y cuando se sueltan con la revolución, el individuo no adquiere instintos excepcionales, creados en aquel momento por él y para él, sino que manifiesta precisamente lo que por la fuerza habían contenido las leyes.

—Pero ¿es que en la masa no hay hombres inteligentes y de buena fe?

—Sí, Iluska: los que se creen servir a una idea, y no comprenden que sirven a un hombre, a una banca, a un grupo de industriales.

—Usted ha declarado hace poco que amaba a los individuos.

—Perfectamente, señor Mauri, pero en particular.

—¿Por qué, pues, no practica la medicina?

—He dirigido una pequeña clínica quirúrgica durante algún tiempo. Pero mi sacerdocio estaba fiscalizado por un administrador, el cual observaba que yo hacía demasiado gasto de algodón hidrófilo. Era víctima de la organización. Es intolerable que el cirujano, el hombre que puede dar la vida y la muerte, que viene después de Dios—si es que hay Dios—se vea fiscalizado por un contable cualquiera. Es como un poeta juzgado por un tribunal. Yo vivía entonces iluso. Pero he comprendido que para censurar alguna ilusión sobre la medicina, es preciso empezar por no estudiarla. El médico concienzudo sabe que no es indispensable: los secretos son tan pocos, que todos los médicos los conocen. No creo que mi bajada de la montaña fuera muy ventajosa para los dolientes. Ni que me lo agradeciesen tampoco. Ten presente, Iluska, si ves a un hombre debajo de un coche, que no debes sacarlo de allí, porque en lugar de agradecerte el que le salves la piel, te insultará porque le has desgarrado la manga.

—Me parece, Sándor, que contradices ahora lo que has dicho antes. Tu amor por el individuo en particular...

Sándor quedó un momento absorto.

—Sí, soy incoherente. Pero es tan estúpido y tan fácil ser coherente... Basta decir siempre lo mismo. La coherencia es la cristalización de la idea.

El criado preparaba la mesa, para tres.

El repiqueteo de un timbre hizo que Mélitta y Mauro se volvieran.

—Es el teléfono sin hilos—explicó Sándor, señalando una caja negra que había quedado inobservada en la sombra.—Me anuncian las comunicaciones de la tarde: los cambios de la Bolsa de París, el recuento de diputados en la Cámara francesa... y otros hechos salientes. No tiene interés. Dentro de

poco señalarán el principio de un concierto; son las seis, y es jueves.

Y consultó un largo cartelito puesto en la pared.

Otro repiqueteo.

Sándor volvió la bocina hacia los huéspedes, y con un par de pinzas de madera movió dos botones en la cara anterior del aparato, para regular la longitud de la onda.

Las seis válvulas termoiónicas se iluminaron, y de la bocina salió el nombre de un violoncellista célebre, el título y el autor de la pieza, y el nombre de una sala de música de París.

Al violoncellista siguió un cuarteto de arco; pero en su punto más patético fué interrumpido por una rarefacción.

—¿Qué es?

—Perturbación atmosférica—explicó Sándor, tocando un índice con las pinzas de madera. Las válvulas termoiónicas se apagaron.

—Esperemos que pase el temporal—dijo—y sentémonos, entre tanto, a la mesa. No puedo ofrecerles ostras de Arcachon, ni rosas de la Costa Azul.

—Sándor, ¿has probado el condensador que te traje yo el otro día?

—Sí: va muy bien.

—Temí que la parafina que separa una de otra las hojas de estaño se hubiera fundido por el calor de la mochila.

—Pues no.

—¿Todos los días puede usted oír música?

—Me transmiten los conciertos de París y de Londres. Oigo la música sin ver al público, sin que me distraiga la persona del artista; sin leer los ataques de bilis que han sufrido sus compañeros de observatorio, revolcados por lo común en los exámenes y confinados a las orquestas de los cafés, que se meten a críticos suyos en los grandes diarios.

¡Párika, ponte ya!

Está acostumbrada a comer en mi mesa, pobre Párika, y cuando estamos solos, le permito que ponga sus patas sobre el mantel. ¡Nos hemos calentado alternativamente tantas veces en la trinchera!... Se ha resignado a vivir entre estas rocas y a comer carne congelada, o lo que es igual, a ingerir ácido salicílico. Pero hasta al ácido salicílico se acostumbra uno, ¿verdad, Párika? ¿Y en invierno, cuando rompemos a martillazos el pan de marinerero? Pero Párika tiene buenos dientes. Enséñaselos a estos señores.

Y Sándor le metió en la boca un pedazo de carne.

Después de la fruta y el café, que llenó la estancia de un exquisito aroma de moka, oyeron aún el *Andante Religioso* de Bach, tocado en Londres por Marcelo Boasso.

Y como la tarde caía, se despidieron del huésped. Sándor besó a Iluska en la frente.

La melenuda perra de pastor, terriblemente bella, les siguió unos centenares de metros, mientras no la entretuvo otro olor más interesante.

Tenían una gran ansia de besarse. Cuando se volvieron a mirar, para cerciorarse de que estaban solos, Párika volvíase a la casa, a buen paso.

Mélitte se estrechó contra su amante, le aplicó los labios a los suyos, como una ventosa, y siguió andando.

—Nos iremos en seguida a la cama.

—En seguida.

Mélitte, voluptuosa y vibrante, pensaba:

—Pasaré la noche entre mis pechos.

(Advierto al señor procurador del rey que esta frase no es mía. Está tomada del «Cantar de los Cantares» de Salomón, un escritor de la post-guerra de hace 3.000 años.)

Todavía pasaron dos noches y un día en el viejo albergue de caza, y partieron. La bajada no fué

triste: fué triste la aparición del hotel, entre los larix.

Antes de la aldea encontraron a algún que otro grupo de excursionistas, que a su paso interrumpían la charla, los miraban de reojo y desahogaban su comprimida virtud en comentarios de risitas sarcásticas: Maure y Mélitta se sintieron seguidos por un cortejo de juicios virulentos, como esas pequeñas esferas de vidrio que, al romperse, exhalan un olor pestilente. La crítica que de las llamadas malas costumbres hacen las gentes de bien está compuesta toda ella de esas esferas aceitosas de pestilente puritanismo.

La Baronesa Esmeralda («El dedito en la naricita»), novela para muchachos) solemne en su torre, ponía a pecar las setas entre los mirtos, a la antigua manera. Las tres señoritas indesflorables, pegadas dentro de sus huecos vestidos blancos a un prado de color verde esmeralda, hacían un precioso efecto de huevos duros con achicoria. El senador filósofo y jugador de poker, paseaba para facilitar las funciones de recambio, con la venerable agilidad, con la juvenil desenvoltura de los rejuvenecidos por el profesor Voronoff; en un campo de tennis, una mujer honesta, decidida a no ceder, jugaba con un muchacho joven; y el marido lo presenciaba beatíficamente, y saltaba de cuando en cuando en la hierba circundante, para recoger las pelotas perdidas.

De la sala del hotel llegaba la música de una danza de moda, esa danza convulsiva que les hace subir la leche a las parturientas.

Se detuvieron junto a una ventana, por fuera.

En el piano de cola un muchacho «bien» braceaba con gran movimiento de cabellera y proyección de puños, y para dar color a aquellos espasmos epilécticos, golpeaba con los nudillos el compás en el atril, y con una llave en el platillo del candelabro.

—Los criminales de la música—susurró Mélitta. Parejas de señoritas delicuescentes y jovencitos

*gommeux* (1) iban y venían dando vueltas, y cogidas por el único sitio que no se ataca a las buenas costumbres entre los pueblos civilizados. La música, monótona hasta repetir en un mismo motivo todas las modalidades de una misma nota, los impulsaba a pasos uniformes, que más que de baile parecían de un paseo digestivo; pero de pronto se desencadenaba un estrépito de manicomio, y las parejas se retorcian, se doblaban, se perfilaban en un abandono de pechos gelatinosos oscilantes y colgantes, y en un furioso sacudimiento de intestinos.

Cada pareja tiene un estilo propio. Este bailarín, esteta exangüe, crea efectos de fisonomía, plegando los labios sobre el corazón, y levantando al cielo la inspirada mirada en los momentos lánguidos; y cuando el ritmo se hace convulsivo, dilata sus narices palpitantes de fauno, extravía sus ojos desorbitados de danzarín mitológico, muestra la dentadura, y ofrece el labio inferior libidinosamente húmedo.

Ese otro hace dar las vueltas a su pareja con sosiego, como si la ilustrase mostrándole los ejemplares de un museo arqueológico; baila como cumpliendo un deber, y tiene la máscara solemne de quien presta un juramento, o lleva el cordón de un estandarte o de un féretro.

Y aquel de más allá, bufo, clown, caricaturesco, empeñado en hacer reír a toda costa, arruga el hocico, juega los ojos convergentes, se endereza como un juguete, proyecta hacia adelante las vértebras sacras, como si fuera a sacar la cola, de la que sin duda antepasados más o menos remotos le han desheredado.

Cada vez que pasa por delante de un espejo se da una ojeada, satisfecho de sí mismo.

Y este de acá, el muchacho que «baila bien», que conoce el baile científico, y sigue la música con absorta gravedad, y se concentra sobre sus propios

(1) Gomosos.

pies, como si a cada golpe de batuta se le presentase un problema imprevisto y trascendental: los anchos pantalones se le bambolean en torno a las piernas, sobre los flacos tobillos que salen de los zapatos, bajos, escotados, sin tacones, de animal plantigrado; con el instrumento de precisión en sus dos piernas no hace baile, sino trigonometría; apoyado en un pie, gira sobre sí mismo a compás, diseñando con el otro justísimos segmentos de círculo, y después atrae hacia sí a la dama, la lleva hacia el diseño geométrico como para que no lo desflora, la pone en el con exquisita delicadeza, la dobla hacia atrás, tal que por sorpresa, hasta casi hacerle tocar el suelo con la espalda, pero la recoge luego a un palmo del pavimento, y la exhibe triunfante, en alto, lo mismo que una ofrenda. La dama proyectada hacia el techo deja caer una pierna, y el público se recrea durante un instante con la visión fugaz de una liga, una raya de piel y alguna cosa blanca.

La mujer del vinatero enriquecido, con mucha quincalla en el cuello y sobre el vientre, da el triste espectáculo de la persona embarazada que se hace la desenvuelta. Creyendo imprudente dejar en el asiento el bolso de cuero, lo lleva muy apretado entre su puño grasiento, cargado de minerales, en la espalda del caballero.

La señorita despreocupada luce en el ángulo de los labios el cigarrillo (de opio, se comprende, aunque sea de picadura barata) y mientras habla, lo hace saltar en movimientos verticales, parpadeándole un ojo, atacado por el humo. La señora refinada, de morbosa espiritualidad—según ella—apenas toca al caballero, como adherida a él por un fluido magnético: la mano, arqueada como los pétalos de una ninfa, se mueve con la voluptuosa oscilación del cuello de los cisnes.

La madura señora, siempre joven (para ella no pasan los años) se resigna a los bailes modernos, pero conservando en el corazón la nostalgia del *Boston*

y del *Escuadrón de Lanceros*, y en las articulaciones algún que otro depósito de ácido úrico.

¿Y las dos hermanas (feas, ¡pobrecitas!) que, autorizadas por la madre, dan también juntas «algún que otro salto»?

¿Y los casados? Hay siempre una pareja de casados, bastante pasables, que un poco por celos y otro poco en serio, quieren demostrar a los jóvenes del día de cuánta energía disponen ellos aún. Sonríen arrogantes de su *performance* (1), protestando contra el pianista que acelera los tiempos y que, para vengarse pérfidamente, vuelve a empezar varias veces lo mismo.

Y cuando se ven obligados a darse por vencidos, se desploman jadeantes y apopléticos en sus sillas, enjugándose los dos el sudor con un solo pañuelo.

Méllita y Mauro atravesaron un salón, donde se desenvolvía este diálogo entre un joven y una señorita: el macho y la hembra de la *idiota elegans*.

—No fumo.

—¿No fuma?

—No tengo vicios.

—Fumar no es un vicio.

—Porque lo tiene usted.

—Si fuera un vicio, no lo tendría.

—Tendrá otros.

—Lo dice usted.

—Porque lo sé.

—*Shockin!* (2).

—¿Me perdona?

—Nunca.

—¿Hacemos las paces?

—*Jamais de la vie!*

Méllita y Mauro pasaron a la sala de lectura. Otro diálogo inteligente entre dos espiritualísimos representantes de la imbecilidad integral:

(1) Ejecución.

(2) Ofensivo!

—¿Quieres té?

—Quiero-te.

Subieron a sus habitaciones.

Sobre la mesilla de Mauro el despertador estaba parado, las flores secas, y blanqueaba una carta de la amante abandonada.

Se metió en la cama, pero no pudo dormir. La música epileptoide hizo vibrar las paredes durante algunas horas más.

—¡Cómo comprendo hoy—pensaba él—el gesto de Apolo cuando descortezó vivo a Marsyas, el sátiro que sabía arrancarle a la flauta sonos dulcísimos! Aquel virtuoso de la flauta debía ser un vecino de su casa o un compañero de hotel.

Méllitta, por el contrario, durmió. La niña con cosas de muñeca era como esas muñecas que apenas se dejan boca arriba, cierran los ojos y se duermen. Al atardecer fué a saludar por última vez a la blanca gatita sentimental que pasaba largas horas con su tocado, para agradar a la luna.

Un cielo inverosímilmente palpitante. Estrellas amarillentas, estrellas azules, estrellas de color de rosa, estrellas blancas. En la inmutabilidad estereotipada, convencional, de todas aquellas estrellas, he aquí que una se emancipa, corta el horizonte en vuelo hiperbólico y desaparece.

Es una estrella separatista.

A la mañana siguiente, Méllitta partía con Mauro hacia la ciudad.

—¿Me escribirás?—preguntó ella, cogiéndole una mano.

El coche bajaba a motor callado, silenciosamente. La rosada luz del amanecer recortaba el perfil de las rocas.

—No—respondió el amante.—Detesto las cartas de amor y todos los epistolarios que lo nutren. La correspondencia postal denota poca dorada reserva de pasión.

Se acercaban al llano.

Una gallina por poco se dejó sus plumas bajo los neumáticos. Méllitta dió un pequeño grito, y cuando la vió salir corriendo hacia el prado, se rió alegremente.

—Las gallinas—observó—se nos parecen a las mujeres. Cuando se ven en peligro de ser atropelladas, en lugar de echarse a un lado, cruzan el camino.

Dos horas de tren y estuvieron en la ciudad. Se dieron un beso y una cita para la tarde del día siguiente en la sala de té de una confitería, y se separaron.

Méllitta se acercó despacio a la portezuela, buscando a alguien en el andén, por encima de las cabezas y de los bultos a la espalda de los mozos.

—¡Iluska!

Estaba la tía, dulce y panzuda como un azucarero, y el padre, bella figura enérgica y rubia, de macho bien conservado.

No les parecía verdad el tener con ellos en casa, aunque fuese por pocos días, a la hija vagabunda, la criatura inestable, tan poco amante del hogar, la inquieta peregrina, siempre en busca de nuevos horizontes y de idiomas distintos.

¡Pero Méllitta tenía tanto amor en las venas, aquel día!

Metió el pequeño maletín entre los brazos de la tía, se echó al cuello de su padre, y le dijo una palabra que pronunciaba pocas veces.

—Papá.